

Resurgimiento de las identidades locales en los albores del siglo XXI: un campo de estudios de las ciencias humanas y sociales aún vigente y pertinente

**Resurgence of local identities in the dawn of the 21st century:
a field of study in the human and social sciences
that is still valid and relevant**

Felipe Bastidas-Terán
Universidad Internacional de La Rioja
felipe.bastibas-externo@unir.net

Resumen: Las identidades locales han resurgido con fuerza en los albores del siglo XXI, situación que puede resultar contradictoria y paradójica, para quienes han asumido a cabalidad la idea de un mundo globalizado. Sin embargo, las identidades locales que se están construyendo, o han salido de su estado de hibernación; son indicios de resistencias culturales frente a los diseños globales. Este artículo, pretende abrir la discusión de este tema, al mostrar las identidades locales de forma diferente como se han venido tratando: como soportes de la identidad nacional y espacios para la ciudadanía en el marco de relaciones multiculturales. Más bien, las identidades locales se presentan como manifestaciones de resistencia cultural que dan suficientes aportes en la construcción de un escenario posible de interculturalidad. Para tal efecto, en este escrito, se inicia con una revisita al concepto de identidad, identidad cultural y su relación con la cultura y la memoria colectiva. También este artículo es un llamado a los/as investigadores/as sociales para estudiar las identidades locales con sentido de pertinencia en un contexto adverso para las humanidades.

Palabras claves: identidad cultural, memoria colectiva, cultura y desarrollo, identidad local, ciencias sociales y humanas, globalización

Abstract: Local identities have strongly resurfaced at the dawn of the 21st century, a situation that can be contradictory and paradoxical to those who have fully accepted the idea of a globalized world. However, the local identities that are being built, or have come out of their state of hibernation; they are signs of cultural resistance to global designs. This article aims to open the discussion of this topic, by showing local identities in a different way as they have been treated: as supports of national identity and spaces for citizenship in the framework of multicultural relations. Rather, local identities are presented as manifestations of cultural resistance that provide sufficient contributions in the construction of a possible scenario of interculturality. For this purpose, in this writing, it begins with a revisit to the concept of identity, cultural identity and its relationship with culture and collective memory. This article is also a call for social researchers to study local identities with a sense of belonging in an adverse context for the humanities.

Keywords: cultural identity, collective memory, culture and development, local identity, social and human sciences, globalization

Crisis de las humanidades y la actual corriente antihumanística

Las ciencias sociales y humanas fueron fundadas en una etapa avanzada de la modernidad: son un fenómeno reciente y aparecieron elaboradas como disciplinas académicas en la segunda mitad del siglo XIX y se consolidaron en los albores del siglo XX. Desde sus inicios, las humanidades y las ciencias sociales fueron cuestionadas en su razón de ser y pertinencia dentro del contexto de la instauración de la razón instrumental y del desarrollo industrial, impulsados por el positivismo como modelo epistémico que se impuso como paradigma predominante de la modernidad en la segunda mitad del siglo XIX y se consolidó en la primera mitad del siglo XX.

Cuando en el proyecto moderno se pasó de la Ilustración a la instauración del positivismo, como paradigma predominante basado en el cientificismo, todos los saberes modernos como el arte, la filosofía y la historia fueron separándose del saber científico puro y duro, comprobable, que representaban las ciencias naturales o ciencias exactas consideradas prioritarias y fundamentales para el desarrollo industrial, bajo la égida del progreso, tributarias de la razón técnica y la razón instrumental. Todas aquellas disciplinas basadas en lo humano, o como se mencionaba en aquella época “las ciencias del espíritu” quedaron segregadas y bajo un mismo rótulo se les denominó humanidades (Wallerstein, 2005), siendo su principal herramienta la interpretación, la expresión y la subjetividad. Las humanidades como remanentes de la época romántica de la Ilustración -cuyos antecedentes se remontan a la universidad medieval con el trivium-, representaron una pieza que no encajaba del todo con la modernidad vigente de aquel entonces centrada en el cientificismo, la razón instrumental y la razón técnica.

En este contexto, las humanidades permanecieron en las universidades consideradas como complementos y áreas conexas en la construcción y consolidación de la fase de la sociedad industrial del proyecto moderno: la filosofía, el arte, la filología o las letras, se fueron replegando en departamentos o facultades junto a las ciencias sociales como la historia, la educación, la psicología, la comunicación social o la sociología. Siempre se cuestionó su pertinencia, pero tras los horrores de la Primera y Segunda Guerra Mundial, las humanidades y las ciencias sociales volvieron a ocupar un puesto menos marginal y

se les consideró necesarias, no solo como disciplinas autónomas sino como áreas conexas y complementarias, para la formación integral de la educación primaria, secundaria y universitaria.

Adicionalmente, el desarrollo de la industria cultural en el siglo XX les dio un nuevo aliento a las humanidades, toda vez, que se generaron puestos y oficios que requerían una formación humanística relacionada, sobre todo, con las letras y el arte; de hecho, la industria del entretenimiento, en las postrimerías del siglo XX, se consolidó por ser sector generador de ganancias tanto o más que la industria de los alimentos y la industria farmacéutica, aun así, las humanidades -desde el punto de vista pragmático y de la razón instrumental- se seguían observando complementarias y subordinadas en la educación, la ciencia y la academia.

Hoy, a cien años de la consolidación y presencia de las humanidades en las universidades como disciplinas autónomas, siguen siendo cuestionadas en su pertinencia y utilidad tanto en la formación primaria, secundaria y en la universitaria, en una sociedad postindustrial y posmoderna en la cual el cientificismo, el pragmatismo y la razón instrumental siguen vigentes y son predominantes. Esta vez, el rechazo o cuestionamiento a las humanidades -y por extensión a las ciencias sociales- adquiere un impulso inusitado y se ha planteado por altos funcionarios del estado en varios países del orbe: el resultado ha sido un recorte sustancial en el presupuesto para el financiamiento público de los programas de estudios de estas áreas, que en muchos casos, ha significado su cierre en las universidades públicas, por otra parte, las universidades privadas se han visto impelidas a eliminar los programas o bien reducir el número de profesores que dictan cursos y carreras humanísticas (Donoghue, 2013).

Ya para el 7 de abril de 2000 los estudiantes de Comunicación Social y Turismo de la Universidad Autónoma de México, realizaron acciones organizativas para protestar y revertir la decisión del rectorado de recortar el presupuesto de la Facultad de Humanidades, cuya decisión fue el resultado de las políticas nacionales (Galmarini, 7/4/2000). Pero el hito de esta corriente que pretende reducir y replegar a las humanidades en el sistema educativo, máxime en las universidades, lo marcó en 2015

el Ministro de Educación, Cultura, Deportes, Ciencia y Tecnología de Japón de aquel entonces, Hakobun Shimomura, las razones fueron reiterativas: centrarse en las carreras técnicas productivas, bajo la égida de la razón técnica e instrumental. También se excusó en la baja ocupación de los egresados de las carreras humanísticas cuya contraparte eran las proyecciones de demandas de oficios y profesiones técnicas y socio-productivas (Barnés, 22/9/2015). Aunque la medida fue reconsiderada por el gobierno japonés, aún tiene efectos y seguidores en América:

En 2017 el presidente de Estados Unidos de ese año, Donald Trump, propuso para el presupuesto público de 2018 una reducción significativa de los fondos para las actividades culturales, incluyendo las humanidades en las universidades (EFE, 16/03/2017). El 26 de abril de 2019, el presidente de Brasil Jair Bolsonaro confirmó lo anunciado por su Ministro de Educación: el recorte de los fondos públicos para los programas de filosofía y sociología de las universidades y otras instituciones académicas (Barbara, 15/6/2019). Todas estas medidas fueron protestadas y reconsideradas, pero la tendencia se mantiene y cada vez más países de la región latinoamericana son proclives a reducir los presupuestos para las humanidades, minimizar su presencia en los currículos de educación primaria, secundaria y profesional, en pro de generar talento técnico y práctico basados en la razón instrumental, toda vez que tradicionalmente los fondos públicos concursables para investigación están orientados a las “áreas de desarrollo” productivas dejando poco margen para las ciencias humanas.

Para Donoghue (2017) este fenómeno no es nuevo en Estados Unidos y tiene sus antecedentes en 1970. De acuerdo con este autor, la principal razón de esta situación es el recorte presupuestario del estado a las universidades, en el cual, las humanidades son las primeras afectadas. Pero más que este hecho, el autor refiere que la principal causa es la mutación de la misión social de la universidad (entendida bajo la influencia del pragmatismo y la razón instrumental) como formadora de profesionales; a tal efecto, se enfocan en carreras que tengan mayor ocupación quedando las humanidades relegadas una vez más por profesiones y oficios tecnológicos y técnicos. Así mismo, al perder las universidades los fondos públicos para la investigación, se ven obligadas a buscar patrocinios del sector económico privado que pocas veces es proclive a financiar

investigaciones humanísticas o sociales. Según este crítico, las humanidades inexorablemente desaparecerán de las universidades, pero de acuerdo a su análisis, esto no necesariamente significa que perezcan: según sus argumentos, la industria cultural sigue vigente y las humanidades pueden reinventarse desde otros espacios ajenos a la academia como antes lo hicieron en la era premoderna.

A partir de este parámetro, es fácil deducir que la esperanza de Donoghue (2017) para la sobrevivencia de las humanidades sigue estando dentro de las coordenadas del pragmatismo, la pertinencia con el mercado y la razón instrumental. Sin embargo, de su análisis se puede rescatar que la imposición de la visión pragmática, científicista y economicista de la sociedad, y por extensión, de la universidad, puede efectivamente reducir o excluir a las humanidades de la academia e incluso del sistema educativo; pero este es justo el modelo que se pretende evitar; pues es contrario a los criterios altruistas y de desarrollo ecológico y sustentable propuestos por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco, 2008) y con el que están de acuerdo y han asumido la mayoría de las universidades del orbe (González, 2006; Orfila, 2017).

A partir de un enfoque más agudo, Aguirre (2017) señala que el cuestionamiento de las humanidades y las ciencias sociales ha sido transversal desde su fundación como productos del proyecto moderno. Para este autor, la crítica de las humanidades también se debe a que no han sido capaces de mutar al ritmo del cambio de las concepciones de lo humano: si no se actualizan, solo lograrían justificar las intenciones de la corriente de pensamiento que impela a exiliarlas de las universidades. Según el precitado autor, las humanidades no se han actualizado lo suficiente porque siguen ancladas a su origen de ser mimesis de las ciencias naturales, es decir, han estado centradas en la búsqueda del sentido en obras de arte: se basan en las interpretaciones de objetos culturales como las ciencias exactas buscan dar explicación a los fenómenos naturales. Aguirre (ob. cit.) se basa en Levinas para proponer reorientar a las humanidades en la búsqueda de entender y comprender al Otro, en la interpretación de pluralidad de sentidos propia de esta época de la humanidad.

En síntesis, las humanidades han de volcarse a estudiar las subjetividades e identidades como rasgo característico de esta época, y habría que añadir, a coadyuvar a construir sociedades y un mundo más democrático a partir de la interculturalidad, que solo puede ser estudiado y abordado con las herramientas metodológicas y la sensibilidad de las ciencias humanas y sociales desde la academia y otros espacios de la sociedad civil.

Identidad, identidades y democracia

La identidad ha sido un tema transversal de la filosofía occidental desde Aristóteles hasta la actualidad, sin embargo, hoy existe un debate acerca de su vigencia por cuanto forma parte de las ideas-fuerza de la modernidad que se ha redimensionado en la posmodernidad. Pero como se ha venido observando, las ideas-fuerza de identidad e individualidad en la posmodernidad no han desaparecido, al contrario, se han profundizado en la actualidad dando lugar a la hiper-individualidad, la introspección y el narcisismo productos del libre-mercado característico de la actual globalización, tema avizorado por Lipovetsky (1994).

La pluralidad de sentidos, la hiperindividualización y los procesos profundos de individuación y subjetivación son signos de los tiempos actuales y se deben, en parte, al desgaste de los dispositivos modernos tales como la identidad nacional, la identidad corporativa, la identificación con ideologías políticas. Este desgaste, también es el resultado del proceso de globalización con su doble impulso de crear una geocultura, y al mismo tiempo, una individualización extrema necesaria para la comercialización de productos y servicios “a la carta” de acuerdo con los gustos y preferencias suigéneris de cada persona o grupo. Esta situación ha propiciado el surgimiento y consolidación del marketing digital y del análisis de datos recogidos a partir de los perfiles y de las interacciones de los usuarios en las redes sociales.

En consecuencia, tanto el concepto como las manifestaciones de identidad, al desgastarse y fragmentarse, han mutado hacia una pluralidad de sentidos (Aguirre, 2017). Ante esto, algunos científicos sociales prefieren estudiar y abordar el tema bajo el concepto de subjetividades por medio del análisis de historias o relatos de vida, biografías, autobiografías, autoetnografías, etnografías, así como análisis de discursos,

narrativas y otras expresiones artísticas desde el campo de los estudios culturales (Arfuch, 2005). No obstante, recientemente se ha vuelto a retomar el concepto de identidad porque sigue describiendo algunas manifestaciones culturales y situaciones sociales, pero esta vez, aparece el concepto de identidad pluralizado, es decir, es preferible hablar de identidades con un carácter más diverso, flexible, disperso e intersubjetivo que el clásico concepto de identidad invariable, estático, aglutinador y estandarizante. En este apartado, se expone cómo y por qué se ha trascendido el concepto de identidad y ha permutado hacia el concepto y estudio de las identidades:

La identidad es un concepto que las ciencias sociales han tomado prestado de la lógica matemática y la psicología, en específico de Erickson (Hurtado, 2000). Para Žižek (2003) la identidad es la ausencia de predicado, un espacio vacío donde se inscriben las características propias: son los rasgos personales o grupales que otros no tienen, que permiten establecer la diferencia y que, por este motivo, es difícil o imposible asignárseles un predicado. Por su parte la identidad grupal o colectiva, corresponde al sentido de pertenencia que permite a un grupo social mantenerse cohesionado mediante una diferenciación del nosotros frente a los otros, es decir, lo diferente es el complemento de lo ausente en la identidad, lo diferente imaginado en el Otro, se convierte en el rasgo distintivo que permite construir la propia identidad (Barth, 1976).

Desde el punto de vista lacaniano, este ejercicio de alteridad a través del establecimiento de la diferencia se hace no desde el yo personal, sino del sí mismo, es decir, bajo la consideración y el adelanto de la reacción del Otro; por ende, se mueve en el plano imaginario e ilusorio (Rodríguez, 2011), borroso, siempre aproximado, mutable y nunca definitivo; por este motivo, según Arfuch (2005) es mejor entender las identidades en la actualidad como un discurso, una narrativa generada por la persona o el grupo, en un carácter dinámico, mutable, innovador, intersubjetivo y siempre perentorio: es una (auto) representación.

Por su parte Contreras (2014, p. 219) establece que hay tres ejes de fundamentales de la identidad personal (individual subjetiva):

1. Identidad de sí mismo: supone estabilidad, equilibrio, armonía de la persona.
2. Identidad con el género humano que supone que todos los seres humanos son iguales y tienen la misma dignidad, parte de un principio axiológico universalista, no tienen asidero concreto.
3. Identidad en contraste con los significativos expuestos socialmente y son los que son captados por las otras personas, ayudan a la distinción y a la autodefinición, orienta sobre el aporte o contribución personal a la sociedad y humanidad desde una posición social e histórico-concreta en atención a los valores morales universalmente aceptados.

La importancia de las identidades tanto personales como colectivas es que definen lo fundamental para el “yo” o el “nosotros”, es el pivote para la toma de decisiones personales y colectivas (Contreras, 2014); dan sentido a la existencia, las metas y los proyectos, por ende, es una dimensión del ser humano susceptible de ser estudiada por las ciencias sociales y las humanidades: no es posible omitirla para estudiar y promover el desarrollo personal, comunitario y social con carácter autosustentable y con criterios ecológicos, aun menos, si se aspira a un mundo más equitativo y equilibrado.

La identidad según Lombardi (1989) tiene dos dimensiones: la individual subjetiva (personal) y la dimensión social colectiva (cultural). Es una relación biunívoca e interdependiente: ambas se influyen mutuamente. La identidad personal se construye a partir de lo social y la memoria colectiva, se nutre de las identidades e historias personales, es decir, de las subjetividades. Esto coincide con lo establecido por Hall (1996) quien usa la metáfora de sutura para describir ese movimiento simultáneo donde la persona acepta o no las ubicaciones y posiciones sociales que les son asignadas (identificaciones), al tiempo que las interpreta, adapta, innova y representa desde su subjetividad, en una permanente negociación y reajuste, que siempre es momentánea y nunca permanente, en forma de borradura, un constante redefinir y representarse a sí mismo y frente al Otro (identidad).

En este sentido, Díaz Polanco (2013) establece que las características de las identidades son las siguientes:

1. Las identidades son históricas vinculadas a la memoria colectiva y la cultura, transforman el espacio, en su contacto con otras culturas, las identidades se transforman entre sí ya sea por cercanía, comercio e incluso confrontaciones bélicas.
2. Las identidades no se mantienen idénticas a sí mismas, se construyen, de-construyen y reconstruyen, hibernan y renacen, se potencian, fortalecen y reinventan.
3. “Las identidades son dinámicas, no sólo en el sentido anterior de que nacen que pueden del ser o disolverse sino, además, que mientras existen -cambian, se adaptan y realizan constantes ajustes internos” (Díaz Polanco, 2013, p. 141).
4. “Las identidades son internamente heterogéneas. Los grupos identitarios no son entidades completamente homogéneas, armoniosas o estables ni están exentas de tensiones; por ello, tienen que resolver conflictos internos de manera permanente” (ibid.). Aquí se puede también observar su carácter político. Las identidades se forman mediante una red dinámica de tensiones, posiciones y contraposiciones que presentan, aceptan o rechazan representaciones simbólicas e identificaciones, generando conflictos, acuerdos y consensos temporales y siempre sujetos a negociación en torno a ellas.
5. Las identidades son múltiples, una persona tiene varias identidades de forma simultánea y se jerarquizan constantemente: “la multiplicidad de capas identitarias opera bajo un principio de jerarquía. No todos los estratos intervinientes tienen, en cada caso y momento, el mismo peso o importancia subjetiva y, sobre todo, intersubjetiva” (Díaz Polanco, 2013, p. 143).

Dentro de este contexto de análisis, Arfuch (2005) establece que las identidades, en el sentido actual, es un acto de representación tanto para el nosotros como para los otros, es un acto performativo que busca una autodefinición temporal de la posición personal o grupal en el mundo, se aproxima entonces a un acto político. Las identidades, entendidas como narrativas co-construidas por grupos para representarse a sí mismos y frente a otros, tiene sus antecedentes con la propuesta del carácter imaginativo e inventado de las tradiciones (Hobsbawm, 2002 [1983]).

Las identidades tienen entonces dimensiones y principios que de forma integral y trascendente van de lo personal a lo cultural y viceversa en un proceso continuo de alteridad que sirve para establecer la diferencia, y a su vez, el sentido de pertenencia a grupos apoyados en una memoria colectiva con rasgos culturales comunes que se van reconstruyendo y actualizando en el ser-vivir-hacer en el mundo. Omitir o desestimar este hecho bajo la fachada de pragmatismo, en el fondo, lo que esconde es la negación de la diversidad inmanente al ser humano, acción que se desliza irremediabilmente hacia patrones autocráticos y hacia la imposición de un pensamiento único. A este respecto, Nussbaum (2010) argumenta que las humanidades no solo son necesarias sino imprescindibles para la democracia, tanto porque son capaces de desarrollar la imaginación, la creatividad y el pensamiento crítico, y además, son fundamentales para construir ciudadanías; máxime son un antídoto contra las corrientes de pensamiento autocráticas.

La construcción de identidades, como acto político, tiene que ver con la necesidad de los grupos de definirse y buscar un espacio en el ámbito público, una necesidad de ser reconocidos y tener voz e influencia en el todo social, es decir, también es un acto democrático. En esta dirección apunta Rancière (2010) mientras que Nussbaum (2010) lo traspola a la posibilidad de construir un mundo más democrático a partir de una ciudadanía planetaria, por esto, su estudio es pertinente de la mano de las humanidades y las ciencias sociales.

A la luz de estos razonamientos, las identidades, además de representar los rasgos distintivos de una persona o grupo (diferencia), también involucran el cómo esos elementos distintivos sirven para interpretar el mundo y proporcionan la orientación para actuar en él. Dicho de otro modo, las identidades representan esa intesubjetividad que sirve para interpretar lo textual, contextual e hipertextual, el espaciotiempo, la dinámica de la existencia y la coexistencia, se nutren por la memoria que siempre será borrosa, subjetiva, acomodaticia y actualizante (Arfuch, 2005). Cabe destacar, que la memoria personal es a la persona lo que la memoria colectiva es al grupo, ambas memorias son los epicentros de la identidades personales y grupales (organizacional, étnica, social, cultural...) respectivamente.

Las identidades culturales como resorte de las identidades locales

Con la entrada del siglo XXI, surgieron identidades en torno a relaciones intersubjetivas e intereses compartidos que trascendían los tradicionales asideros del espaciotiempo y reclaman su lugar en el orden social con el nuevo sentido de democracia: identidades de género, sexuales, nuevas formas de ciudadanía, identidades a partir de los movimientos migratorios, entre otros, resultado de la deconstrucción y reconstrucción de las verdades y dispositivos modernos clásicos tales como estado, nación, ciudadanía, libertad (Arfuch, 2005; Vejar, 2013; Rancière, 2010). En los inicios del siglo XXI se pensó que la identidad cultural -sujeta a rasgos colectivos como lengua, religión, etnia, creencias compartidas, territorios- iban a desaparecer, pero, por el contrario, surgieron nuevas expresiones pluralizadas no ya en forma de identidad unitaria o permanente sino en forma de identidades culturales actualizantes y performativas. Por consiguiente, hay una vuelta necesaria al estudio de las identidades culturales entendidas como una construcción simbólica a partir de la relación con diversos referentes tales como la etnia, el género, ciudadanía (Ortiz, 2005).

Para Barth (1976) las comunidades crean la identidad cultural a partir de reafirmación con base a un ejercicio de alteridad con “los otros” en un movimiento constante de diferenciación, es decir, a través de la demarcación de bordes o límites sociales desde el cual se (re)construye el reconocimiento del “nosotros” frente a ellos. Las identidades culturales actuales rescatan estos rasgos del concepto, pero no desde núcleos o invariantes, sino por medio de representaciones, discursos y narrativas construidas de forma intersubjetiva (Arfuch, 2005): son dinámicas, con una innovación permanente, no se trata de fósiles sociales o temas pocos pertinentes como quiere hacer ver la corriente contraria a las ciencias sociales y humanas presente en las redes académicas mundiales.

Las identidades culturales dan cuenta de la diversidad, la interculturalidad y la coexistencia. Las identidades son expresiones de símbolos para la coexistencia de diversidad de personas y grupos con infinitas formas de ser-vivir-hacer en el mundo. A este respecto Žižek (2003, p. 51), hace una distinción entre identidad abstracta y

concreta, ésta última es: “la identidad que incluye toda la riqueza de la diferencia, puesto que, en última instancia, consiste en la identidad del proceso mismo de mediación entre las diferencias”. Por tal motivo, la pertinencia de estudiar las identidades culturales es la generación de conocimiento que sirva de insumo para propender al diálogo, al litigio de la diferencia, a tender puentes entre las distintas concepciones de ser y estar en el mundo (interculturalidad); en definitiva, son valiosas porque ayudan a dirimir el conflicto humano y construir una cultura de paz con el nuevo sentido de democracia.

En este sentido, ser mezquino con el estudio de las ciencias sociales y humanidades, y, por ende, de la investigación de las identidades, es restarle importancia al derecho que tienen las comunidades y sociedades de hacer y comunicar los replanteamientos y reinenciones de su memoria para poder interpretar su presente y proyectar su futuro en forma de identidades culturales. El estudio de las identidades culturales es imprescindible para analizar las comunidades y las sociedades, y con esto, co-construir estrategias de desarrollo autosustentable a partir de sus expectativas y reconocimiento de sí-mismos, sin obviar, claro está, el contexto regional e internacional. En atención a lo anterior, los investigadores sociales han de ir tras la pista de la sinergia memoria colectiva-identidad. La memoria colectiva es central para la construcción de identidades culturales:

Las identidades culturales vendrían a ser el ethos, el modo propio de ser-vivir-hacer en el mundo, que se reinventa y se actualiza de forma intersubjetiva a través de la innovación de los rasgos culturales para generar la cultura con base a lo común y diferente entre los diversos grupos humanos, siempre en un proceso permanente de actualización y nunca inmutable o definitivo. Nada que ver con hechos o acciones fosilizadas en el tiempo como ha querido hacer notar la corriente de pensamiento detractora de las humanidades:

Si estamos en una situación al borde de una tercera guerra mundial es preciso dar mayor valor al estudio de las identidades culturales, no como eufemismo, sino como una realidad concreta para acceder a un mundo más pacífico y consensual. En síntesis, las identidades culturales parten de la memoria colectiva afianzada por medio de la cultura que entreteje y proporciona los sentidos de cohesión y pertenencia grupal representados

en formas de narrativas o discursos, arraigada en el pasado para interpretar el presente, y así darse una razón de ser en el mundo.

Por esta razón, hoy más que nunca es preciso estudiar las identidades culturales, como acciones concretas a partir de relaciones intersubjetivas que pueden contribuir a adelantar operaciones a favor de una sociedad más respetuosa de la naturaleza y de la coexistencia pacífica con otros seres vivos y seres humanos en el planeta, siempre, con respeto de las diferencias (interculturalidad); lejos de imposiciones de los estados, la academia y los organismos de desarrollo, las cuales, hasta ahora, han sido fuentes de conflictos más que de mediaciones.

En este orden de ideas, se recalca que la identidad es la actualización de la cultura (no algo estático ni fosilizado), la capacidad hermenéutica o interpretativa expresada en una narrativa o discurso que realiza de forma intersubjetiva un grupo o comunidad acerca del mundo y las circunstancias a partir de su memoria colectiva y rasgos distintivos propios tanto para reconocerse como grupo o colectivo y para presentarse (representarse) frente a otros, lo que lleva necesariamente a entenderlo como un acto político. Por esto, cualquier acción de intervención o cooperación de entes estatales o internacionales hacia o con las comunidades, han de hacerse con estudios previos de sus identidades culturales, mediante un diálogo con ellas (interculturalidad), pues seguramente pueden ofrecer más aportes que barreras en el co-diseño y ejecución de políticas públicas.

Como se puede observar, las identidades culturales están lejos de ser algo estático o fosilizado, al contrario, son procesos dinámicos de transformación de las comunidades al tiempo que las mantiene cohesionadas: omitir su estudio no indica que dejen de seguir su curso y tomen distintas formas; de allí su pertinencia para estudiar los diferentes grupos humanos ya sea para análisis y prospecciones políticas, económicas y sociales.

Dentro de este panorama, hay un tipo de identidades culturales que han reaparecido y son susceptibles de estudio por las humanidades y ciencias sociales, se trata de las identidades locales, construidas y vividas en un espacio-tiempo concreto, han resurgido y, con las tics y las redes sociales, se han reafirmado: no desaparecieron ni van a

desaparecer por el simple hecho de no estudiarlas desde la academia. Las identidades locales han sido investigadas y comprendidas por la psicología social, la antropología cultural y los estudios culturales, bajo el enfoque de las subjetividades expresadas en manifestaciones culturales. Para que estas aproximaciones sean más efectivas, es necesario abordarlas como un tramado de pluralidad de sentidos tejidos en forma de narrativas o discursos, un acto performativo que es también un acto político consistente con el nuevo sentido de democracia, el cual es sostenible a partir de la interculturalidad.

El resurgimiento de las identidades locales en el siglo XXI

Una de sus principales ideas-fuerza del proceso de globalización es la estandarización del pensamiento (conformación de una geocultura), se esperaba un ser humano más universal con menos arraigo. Sin embargo, a diferencia de lo que se esperaba, “la identidad” -en singular- en el proceso de globalización se ha reinventado y representa un punto de apoyo para los grupos tradicionales y emergentes, actualizada como “identidades” -en plural. En este aparte, se expone por qué las identidades locales, como un modo de identidad cultural conectado a un territorio o un espacio-tiempo, lejos de desaparecer, como se había previsto, más bien han resurgido.

La identidad nacional pierde fuerza en el diseño global

Con la puesta en práctica del proyecto moderno (siglos XVI en adelante), la identidad étnica y religiosa que mantenía el orden social en los diversos pueblos del mundo comenzó a sustituirse por la identidad nacional, es decir, el concepto de nación es propio de la modernidad pues los lazos religiosos y étnicos-culturales que mantenían a las sociedades integradas y cohesionadas se vieron cuestionadas por la secularización y el desencantamiento del mundo propios de la modernidad (Wallerstein, 2006; Mignolo, 2007; Ortiz, 2005).

En consecuencia, al ser puestos en juicio y al romperse dichos lazos de las comunidades medievales, fue necesario sustituirlos por los valores de hermandad nacional (ciudadanía), un poco más universales y abstractos que los valores compartidos basados en la fe o bien las razones de carácter étnico-cultural. Fue necesario inventar y construir

una identidad nacional soportada en una memoria colectiva nacional generalmente inventada desde el mismo estado (Canelón, 2010; Díaz Polanco, 2013).

Con la maduración del proyecto moderno en el siglo XX ya aparece construida la identidad nacional en los países centrales del sistema-mundo. En el caso de las sociedades de la imaginada América Latina, aún estaban -y aún están- en fase de construcción las identidades nacionales dentro de un escenario multicultural que era incongruente con los principios de homogeneización y estandarización propios de la modernidad (Carrera Damas, 2008).

En las postrimerías del siglo XX, el sistema-mundo pasó así a una nueva fase bajo la égida de la globalización liberal con valores modernos redimensionados como la ultra-individualización y el libre-mercado mundial, donde la nación como concepto, más no la ciudadanía, se ven seriamente cuestionados; toda vez que el estado-nación pasó a hacer una traba para los procesos de homogenización y estandarización económica y cultural promovidos por una robustecida industria cultural (Podetti, 2008; Ortiz, 2005).

La identidad nacional pierde fuerza. Pero los seres humanos como seres políticos y sociales requieren de asideros para verse identificados dentro de un grupo con valores compartidos. Ante este escenario, la modernidad, en su fase de globalización, ofrece identidades e identificaciones, estas últimas entendidas como la asignación o la ubicación de una posición dentro de las relaciones sociales. Cuando estas identificaciones se dan desde o dentro de las coordenadas de los dispositivos modernos, como, por ejemplo, el estado, la escuela o los medios de comunicación, se denominan identificaciones oficiales y hegemónicas (Sampedro, 2004).

Con este escenario de cambios, la época actual se caracteriza por ser una fase contradictoria donde las personas aún se mueven en un marco nacional que se le disminuye o agota, pero, por otro lado, necesitan asideros más o menos permanentes arraigados en memorias colectivas (Díaz Polanco, 2013); dicho de otro modo, requieren de identidades culturales. Es aquí cuando comienzan a resurgir las identidades locales desde posiciones étnicas, comunales arraigadas a un territorio o bien metropolitanas (pueblos, ciudades, ciudadelas, comunas, barrios...). Así lo estipula Canelón (2010, p.

163): “En los últimos años, al calor de las amenazas y las incertidumbres creadas por la globalización, han renacido o han alcanzado una mayor visibilidad las culturas locales y étnicas, que siempre estuvieron allí, tras bastidores, subyugadas o plegadas a la cultura nacional”.

En la actualidad, lo local y lo mundial parecen ser dos polos que se retroalimentan: “La más pequeña de las historias, aún sin ocuparse, naturalmente, de la historia universal, adquiere su pleno sentido en relación con historia universal” (Podetti, 2008, p. 39). A esto es lo que muchos llaman glocalidad, es decir, construir desde lo local en consideración a lo global y viceversa. Esto también tiene sentido pragmático como los estudios de marketing, los planes de desarrollo, la gestión del territorio, los movimientos migratorios, entre otros; así que el estudio de las identidades locales, como campo de las humanidades, sigue vigente y no puede ser erradicado o minimizado de la pensa de estudios ni las líneas de investigación de las universidades.

Las identidades locales se construyen en una espiral trascendente entre lo personal, comunal, local, social y universal que va de lo particular a lo general y viceversa tal como lo establece Podetti (2008: 11): “No es que las historias locales... son condición de posibilidad de la historia universal, del mismo modo que no habría historias locales en historias personales, familiares, etc.; sino que su sentido pleno sólo se alcanza a partir de una interrelación y por su participación en la historia universal”.

En este particular, la corriente antihumanidades establece que es poco pertinente estudiar las historias personales, familiares o locales, a no ser que sea de “personalidades”, pero olvida que la historia universal se nutre de esas subjetividades que van dando forma a los eventos históricos y a la cultura. Una historia universal sin asidero en lo particular-concreto, lo cotidiano y vivencial, puede caer en especulación, y con esto, ser acomodaticia a intereses hegemónicos por carecer de criticidad. A esta idea se refiere Nussbaum (2010) al señalar la relevancia de las humanidades para la construcción de la democracia; de allí, es fácil deducir que el estudio de las identidades locales son necesarios para edificar y consolidar una democracia plural al interior de los países de América latina, muchos de los cuales son pluriculturales y multiétnicos, y

requieren de relaciones interculturales para llegar a acuerdos y consensos; una vía para esto, sería acercarse a esas comunidades invisibilizadas o subalternizadas por medio del estudio de las identidades locales.

Importancia del estudio de las identidades locales en la actualidad

Las identidades locales deberían cobrar fuerza dentro del campo de estudios de las ciencias sociales y las humanidades como una de las tantas vías para ir hacia sociedades fundamentadas en la interculturalidad, y por extensión, en la democracia. Para esto es preciso definir las identidades locales. Según Mato (1995) por identidad local se suele referenciar a los pequeños grupos étnicos y otros grupos sujetos a un territorio.

Dentro de este contexto, vale destacar que las identidades hibernan (Díaz Polanco, 2013). De ahí que en estas dos décadas del siglo XXI muchas identidades locales tradicionales vinculadas a comunidades urbanas o rurales -y cualquiera otra en esa gama- han resurgido con fuerza y otras nuevas han emergido, a la par de la emergencia de las identidades e identificaciones con rasgos culturales no territorializados vinculados al género, religión, ideología política, gustos y preferencias, movimientos migratorios; estas últimas, a diferencia de las identidades locales, sí fueron vaticinadas y han sido objeto de estudios.

Las identidades locales están referidas a las relaciones que se originan en un espacio-tiempo de lo cotidiano donde lo histórico y lo prospectivo se reúnen para vivir el presente en relación, el nosotros-construyendo. De este modo, dado que hay una relación biunívoca entre identidad y cultura en las identidades locales el espacio constituye la plataforma desde donde se reconstruyen, inventan o innovan las sinergias para generar pertenencia y cohesión social.

Para Lindon (2012, p. 592) hay un enfoque geográfico que observa el espacio como una producción histórica donde: “El espacio adquiere un papel central en tanto expresión concreta y tangible de lo realizado por una sociedad en un momento histórico dado y que siempre será heredado socialmente a las generaciones por venir”. Este enfoque se complementa con la perspectiva de la producción social del espacio que indudablemente

se vincula con la comprensión de las identidades como narrativas con carácter performático fundamentando en la memoria histórica, la mayoría de las veces, co-construida e inventada por la comunidad.

La espacialidad asumida como construcción social, es la comunicación con la memoria colectiva, con las proyecciones y prospecciones comunales, la interpretación del pasado-futuro para transformar el mundo, con criterios de territorialidad. Lo anterior representa un enfoque pertinente con el estudio de las identidades locales: la transformación del espacio local transforma la identidad: “Esos cursos de acción suelen definirse en términos de la refuncionalización del espacio, la patrimonialización, la destrucción del patrimonio o del entorno, como algunas de las estrategias más usuales” (Lindon, 2012, p. 596). Las identidades locales son cotidianas y territorializadas: son fuentes construcción de identidades personales, familiares y comunales que definen los cursos de acción para transformar el espacio, el territorio... es inmanente a la creación e innovación de subjetividades.

Para la autora precitada las personas y las comunidades se sujetan a un territorio, construyen su espacio creando relaciones de amor y filiación entre ellos y el contexto, y tiene que ver con educar para amar el espacio, el territorio y el patrimonio natural y cultural tangible y así generar identidad local como resorte necesario para construir conciencia planetaria. Este tipo de enfoque solo puede hacerse mediante la sensibilidad y las herramientas metodológicas de las humanidades y las ciencias sociales.

Las identidades locales, entendidas como un ejercicio de representación expresados en narrativas manifestadas en diferentes expresiones culturales para diferenciarse de otro u otros también es un acto político de resistencia frente a los diseños globales o nacionales de ordenamiento del espacio (Bastidas, 2020); ya que son territorios habitados y compartidos por comunidades residentes quienes lo han heredado ancestral o tradicionalmente, o porque se fundaron y se inventaron en relación a ese espacio, que en muchos casos, es su única posesión y forma de subsistencia y existencia. Actualmente se pueden observar proyectos mineros o extractivistas que han sido revertidos y anulados por acciones de comunidades organizadas con asidero en una

identidad local, a pesar de las concesiones a empresas multinacionales realizadas y firmadas por los estados. Este tipo de eventos eran impensables hace apenas unas décadas, cuando se afirmaba, que donde el poder del capital señalaba con su dedo a un territorio para apropiárselo, ya no había nada por hacer de parte del estado o las comunidades organizadas.

A partir de este enfoque, las identidades locales pueden ubicarse dentro de la clasificación realizada por Sampedro (2004) como identidad minoritaria: aquella que está fuera de la norma o lo socialmente legitimado por el *statu quo*, como, por ejemplo, los medios de comunicación. Las identidades locales, usualmente son resistencias a la identificación que le da el estado en su división administrativa de municipalidades, parroquias o comunas (diseño nacional que corresponde a un diseño global); pues este tipo de designaciones a veces no corresponden a una tradición histórica sino a diseños fundamentados en la geopolítica nacional y mundial.

Cabe destacar, que la identidad minoritaria se divide en dos subgéneros, la identidad marginal y la identidad opositora: la primera son las identidades fuera de la representación oficial, no visibilizadas o reconocidas por ella; mientras que las segundas son aquellas que contestan y buscan contrarrestar la marginación o exclusión de la representación oficial (ibid.); es decir, a partir de su representación, buscan ser reconocidas y consideradas en el orden social, por su única y peculiar forma de ser-hacer-vivir en el mundo. Si este escenario se da, entonces estaríamos próximos a la interculturalidad, a la democracia, a una ciudadanía planetaria, por esto es la invitación a quienes investigan desde las humanidades y las ciencias sociales a prestar mayor atención al estudio de las identidades locales.

A manera de conclusión

Lo territorial y lo local cobran sentido, sobre todo, en las primeras décadas del siglo XXI porque según Podetti (2008) las dos dimensiones de la historia universal: son la tecnológica y la ética, la última es la interpelación que toda comunidad se hace frente a su existencia ante el mundo, en la actualidad, ante la globalización; así que es inherente a todo ser humano responder a la pregunta de la razón de su existencia en un mundo

globalizado, y, en la generación de esas respuestas, han resurgido las identidades locales como una manifestación más de la pluralidad de sentidos.

Las identidades locales son la expresión de los modos de construcción e innovación de la diferencia de las comunidades, además frente a otros grupos, también frente a un diseño global que les impone, o bien les obliga a negociar, un estilo de vida proclive a la estandarización. La multiplicidad de estas respuestas es un campo de estudio para las ciencias sociales y humanidades, con propósitos futuribles como la interculturalidad, la democracia plural y la construcción de una sociedad planetaria pacífica, o propósitos más pragmáticos y conservadores como la creación de espacios multiculturales que sustenten la modernidad y sus principales instituciones como el mercado, la escuela, el estado-nación, y como efectos derivados de estos: la gestión del territorio, la creación de regiones, la gobernanza de ciudades, las políticas de desarrollo, la gobernanza de zonas fronterizas, los flujos migratorios...

Cabe destacar que los localismos no son nuevos dentro de la dinámica del sistema-mundo moderno: "Cuando el proceso de formación de la comunidad mundial tuvo un salto significativo, en la segunda mitad del siglo XIX, reaparecen con fuerza los tópicos que sobre la alteridad habían irrumpido en las primeras décadas de navegación oceánica" (Podetti, ob. cit., p. 25). Para Díaz Polanco (2013) la diversidad de identidades locales son producto de ciertas resistencias y como respuestas a la ultra-individualidad propia del proceso de la hiper-modernidad, desafían las fuerzas centrípetas de la globalización, pero al mismo tiempo, la sostienen, al revitalizar principios como la ciudadanía planetaria soportada en la diversidad, asunto que se ha constituido en un derecho universal. Aquí cabe destacar que paradójicamente por un lado las identidades locales retan y crean tensión frente al proceso homogeneizador de la modernidad, y por el otro alivian, la presión abriendo espacios favorables para la multiculturalidad, aunque la solución pacífica y democrática sea la interculturalidad.

Las identidades locales ofrecen la posibilidad de innovar o construir subjetividades por su carácter espaciotemporal, como raigal, con contexto sociohistórico concreto, tiene a la mano una memoria colectiva asistida por historias familiares y biografías, por la

proximidad y acceso a las fuentes de interpretación comunales vinculadas a un territorio expresadas en formas de narrativas construidas de forma intersubjetiva con pretensiones temporales y nunca definitivas. Esto sigue ocurriendo en el marco del contexto global que se impone hasta la comunidad más remota del planeta: la historia universal procede desde lo local y cotidiano, y lo local y cotidiano responde a lo global y universal.

Omitir este movimiento dialéctico no evita que la historia siga su curso y se creen resistencias culturales en los espacios más insospechados. Es labor de las ciencias sociales y humanas seguir incursionando en el campo de estudio de las identidades locales -como se ha hecho hasta ahora desde la psicología social, la antropología cultural y los estudios culturales- para comprender la transformación mundial a contrapelo de la corriente antihumanista con sentido pragmático, que en su empeño de desestimar este tipo de análisis, crea las condiciones para una sociedad sin sentido crítico, proclive a las autocracias en detrimento de la democracia fundamentada en la interculturalidad.

Aquí cabe destacar que las fuentes de las identidades locales son generalmente orales, metafóricas, dinámicas, por ende, requiere de la investigación para erigirse y construir un poder agenciante frente a los diseños globales. Esto solo puede ser viable desde la investigación de las humanidades y las ciencias sociales con perspectiva humanista, crítica e interpretativa. Estas disciplinas pueden ayudar a las comunidades a reconocerse y a visibilizar sus posibles vías alternas para construir una sociedad planetaria pacífica basada en la interculturalidad, las identidades y las ciudadanías. También contribuyen a emerger y visibilizar patrimonios culturales y tecnológicos más compatibles con la agroecología y la economía circular; dan cuenta de importantes insumos para explorar formas de coexistencia no avizoradas desde los diseños globales.

En fin, la resistencia cultural y las vías alternas al proyecto moderno que presentan las identidades locales, pueden ser efectivas porque se sostienen en la interculturalidad, es decir, en la valoración propia en relación con el conocimiento del otro/otros, en condiciones de paridad, de reciprocidad, y nunca de subordinación, como lo ha venido haciendo la implantación del proyecto mediante sus diseños globales, ergo, su estudios

es obligado para formar las ciudadanía en torno a una conciencia planetaria. En este particular las ciencias sociales y humanas tienen mucho que hacer, decir y, sobre todo, escuchar e interpretar.

Referencias

- Aguirre, J. (2017). Redecir lo humano. *Revista Colombiana de Educación*, (72), 177-197. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-39162017000100009&lng=en&tlng=es.
- Arfuch, L. (2005). Problemáticas de la identidad. En *Identidades, sujetos y subjetividades* (L. Arfuch, comp.), 22-44. Prometeo.
- Barbara, V. (15/6/2019). Las 'enseñanzas' de Humanidades en la era de Jair Bolsonaro. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/es/2019/06/15/espanol/opinion/recortes-educacion-brasil-bolsonaro.html>
- Barnés, H. (22/9/2015). El gobierno japonés propone eliminar las carreras de humanidades de la universidad. *El Confidencial* [Periódico Web]. https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2015-09-22/gobierno-japones-universidades-eliminar-humanidades_1029705/
- Barth, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. Fondo de Cultura Económica.
- Bastidas, F. (2020). Resistencias locales frente a los diseños globales mediante las manifestaciones artísticas religiosas sincréticas. Caso: Las Negreras de Mosquey, Boconó-Trujillo, Venezuela. *Diálogo andino*, (61), 127-140. <https://dx.doi.org/10.4067/S0719-26812020000100127>
- Canelón, F. (2010). *Política de la alteridad*. Caracas: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela.
- Carreras Damas, G. (2008). *Formación histórico-social de Venezuela*. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela. (Tercera Edición).
- Contreras, M. (2014). *Otro modo del ser o más allá del occidentalismo*. Caracas: Celarg. <https://es.scribd.com/document/370335252/Contreras-Natera-Miguel-Otro-Modo-Del-Ser-O-Mas-Alla-Del-Euroccidentalismo-pdf>
- Díaz-Polanco, H. (2013). *Elogio a la diversidad. Globalización, multiculturalismo y etnofagia*. Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Donoghue, F. (2013). ¿Tienen futuro las humanidades? *Revista Chilena de Literatura*, 84, pp. 227-232. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22952013000200018>

- EFE (16/3/2017). Trump propone eliminar programas para las artes y las humanidades. *La Vanguardia* [Periódico Web]. <https://www.lavanguardia.com/vida/20170316/42931576895/trump-propone-eliminar-los-programas-para-las-artes-y-las-humanidades-de-eeuu.html>
- Galmarini, M. (7/4/2000). Los estudiantes de Humanidades reaccionan contra la reducción presupuestaria. *Misiones Online* [Periódico Web]. <https://misionesonline.net/tema/informacion-general/sociedad/page/724/>
- González, E. (2006). La investigación formativa como una posibilidad para articular las funciones universitarias de la investigación, la extensión y la docencia. *Revista de Educación y Pedagogía*, 18(46), 101-109. <http://hdl.handle.net/10495/3052>
- Hall, S. (1996) ¿Quién necesita “identidad”? *Cuestiones de Identidad Cultural*. (Hall, S. y Paul du Gay, comps.), pp. 13-39. Amorrortu Editores.
- Hobsbawm, E. (2002 [1983]). La invención de la tradición. *Invención de la tradición*. (Hobsbawm, E. y T. Ranger, edits.), pp. 7-21. Crítica.
- Hurtado, S. (2000). *Elite venezolana y proyecto de modernidad*. La Espada Rota/Universidad Central de Venezuela-Ediciones del Rectorado y Vicerrectorado Administrativo.
- Lindón, A. (2012). La concurrencia de lo espacial y lo social. En *Tratado de metodología de las ciencias sociales: perspectivas actuales* (Enrique de la Garza Toledo y Gustavo Leyva, eds.). pp. 585-627. Fondo de Cultura Económica.
- Lombardi, A. (1989). *Sobre la unidad y la identidad latinoamericana*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Lypovetsky, G. (1994). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Anagrama.
- Mato, D. (1995). *Crítica a la modernidad, globalización y construcción de identidades*. Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela. https://www.researchgate.net/publication/48072862_Critica_de_la_modernidad_globalizacion_y_construccion_de_identidades
- Mignolo, W. D. (2007). *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Gedisa.
- Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz Editores.
- Orfila, J. (2017). *Gerencia de la investigación universitaria en el contexto del desarrollo de la ciencia y la tecnología en Venezuela*. Ponencia presentada en la IX Reunión Nacional de Gestión de Investigación y Desarrollo, celebrada del 22 a 24 de mayo

de 2018. En Biblioteca Central de la Universidad Central de Venezuela, Caracas. Asociación Venezolana de Gestión de Investigación y Desarrollo (AVEGID), Asociación Internacional de Gestión de Investigación y Desarrollo AIGID. <http://saber.ucv.ve/handle/123456789/15951>

Organización de la Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco, 2008). *Declaración mundial sobre la educación superior en el siglo XXI: Visión y acción y marco de acción prioritaria para el cambio y el desarrollo de la educación superior aprobados por la Conferencia Mundial sobre la Educación Superior la Educación Superior en el siglo XXI*, 9 de Marzo de 2008. <http://www.acading.org.ve/info/comunicacion/pubdocs/>

Ortiz, R.(2005). *Mundialización: saberes y creencias*. Gedisa.

Podetti, J. (2008). *Cultura y alteridad. En torno al sentido de la experiencia latinoamericana*. Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Rancière, J. (2010). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Nueva Visión.

Rodríguez, G. (2011). Identificación e identidad. *III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/000-052/858>

Sampedro, F. (2004). Identidades mediáticas e identificaciones mediatizadas. *Revista CIDOB d'Afers Internationals*. 66,67, 135-149. https://www.cidob.org/es/articulos/revista_cidob_d_afers_internationals/identidades_mediaticas_e_identificaciones_mediatizadas_visibilidad_y_reconocimiento_identitario_en_los_medios_de_comunicacion

Wallerstein, I. (2005). *Análisis de Sistema–Mundo. Una introducción*. Siglo XXI.

Vejar, D. (2013). Contribuciones al estudio de identidades e identificaciones precarias en Chile. *Polis, Revista Latinoamericana*, 12 (36), 407-429. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682013000300018>

Žižek, Slavoj (2003). *Porque no saben lo que hacen. El goce como factor político*. Buenos Aires: Paidós.

La Revista Umbral es la revista inter y transdisciplinaria sobre temas contemporáneos del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico. Forma parte de la plataforma académica Umbral, auspiciada por la Facultad de Estudios Generales y el Decanato de Estudios Graduados e Investigación. Promueve la reflexión y el diálogo interdisciplinario sobre temas de gran trascendencia, abordando los objetos de estudio desde diversas perspectivas disciplinarias o con enfoques que trasciendan las disciplinas. Por esta razón, es foro y lugar de encuentro de las Ciencias Naturales, las Ciencias Sociales y las Humanidades. Sus números tienen énfasis temáticos, pero publica también artículos sobre temas diversos que tengan un enfoque inter o transdisciplinario. La Revista Umbral aspira a tener un carácter verdaderamente internacional, convocando a académicos e intelectuales de todo el mundo. La Revista Umbral es una publicación arbitrada que cumple con las normas internacionales para las revistas académicas. Está indexada en [Open Journal Systems](#), [Latindex](#) y [REDIB](#).

Disponible en umbral.uprrp.edu

La Revista Umbral de la Universidad de Puerto Rico Recinto de Río Piedras
está publicada bajo la [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional](#)